

**La velocidad en los mundos lentos**  
Accidentes, máquinas y sociedades en América del Sur  
editado por Nicolas Richard, Diego Villar y Alberto Preci

# «La pampa entrega toda la riqueza de su suelo, pero pide también víctimas y más víctimas»: la gran explosión en la mina de Chuquicamata (Chile, 1937)

Damir Galaz-Mandakovic  
Universidad de Tarapacá, Chile

**Abstract** Through journalistic sources, the details of a fateful milestone in the history of the Chuquicamata mine are described and analyzed. On January 25, 1937, due to negligence and lack of foresight, a serious accident occurred with high human cost as a result of the explosion of 1400 bags of gunpowder and 88 bags with explosives. Considering the dense human drama that this accident meant, a paradoxical and beneficial instance for the company is evidenced, revealing the sacrificial aspect of mining capitalism in the Chilean peripheries.

**Keywords** Chuquicamata. Copper mining. Explosion mining capitalism. Accidents.

**Índice** 1 Introducción. – 2 La mañana del dinamitazo. – 3 La escena de las consecuencias. – 4 Los funerales. – 5 La paradoja beneficiosa del accidente. – 6 La prevención de riesgos y el mejoramiento de la imagen corporativa. – 7 Capitalismo y accidente.



Edizioni  
Ca' Foscari



**Studi e ricerche 42**  
e-ISSN 2610-9123 | ISSN 2610-993X  
ISBN [ebook] 978-88-6969-940-5

**Peer review | Open access**  
Submitted 2025-01-30 | Accepted 2025-03-17 | Published 2025-09-30  
© 2025 Galaz-Mandakovic | CC BY 4.0  
DOI 10.30687/978-88-6969-940-5/006

## 1 Introducción

«La pampa entrega toda la riqueza de su suelo, pero pide también víctimas y más víctimas».<sup>1</sup> Aquella fue la frase con la que un persuasivo cronista retrataba ásperamente la pampa minera en el marco de una tragedia acontecida en Chuquicamata en el verano de 1937. Y agregó:

De éstos, no se volverá a saber nada [...] Desde los días ya distantes en que se instalaron las primeras maquinarias y circuló allí el ferrocarril, han sido innumerables los trabajadores que sepultó el pique [...] En un montón de escombros se encontraron zapatos, manos cortadas, algunos fragmentos de pies, brazos descalabradados. ¿De quiénes? Será ya difícil saberlo. La pampa no revela sus secretos, sino a costa de duros sacrificios. Cuando sepulta o destruye a alguien, lo hace en forma total o definitiva.<sup>2</sup>

De una u otra forma, el cronista develaba la agresividad de la minería, una fuente brutal de peligros y vulnerabilidades estructurales en el devenir del siglo XX. Dicho aforismo, aquel que remite a las «exigencias de la pampa», bordeaba así cierto imaginario de la supuesta reciprocidad que ejercía la tierra en el marco del extractivismo: una especie de conmutación siniestra de rocas, por vidas, de minerales por hombres. De ese modo, en el marco de aquel imaginario, la supuesta magia siniestra y de goce de la pampa «que exigía la vida de obreros», la culpa de las tragedias, era de la naturaleza: no era antrópica. De ese modo se establecieron los respectivos discursos despolitizadores e inmovilizantes, con los consabidas confusiones y problemas de documentación y registro de los accidentes por parte de las administraciones estatales y privadas.

En este artículo, a través de fuentes hemerográficas, describiremos y analizaremos los detalles de un hito aciago en la historia de la mina de Chuquicamata ocurrido el 25 de enero de 1937, en el cual, por efecto de negligencias e imprecisiones, ocurrió un importante sinistro con altos costos humanos. Considerando el denso drama humano que significó dicho accidente, en este caso se evidenció una instancia paradojal y beneficiaria para la empresa, develándose el aspecto sacrificial del cual usufructúa el capitalismo minero en las periferias chilenas.

---

<sup>1</sup> *La Nación*, Santiago de Chile, 28 de enero de 1937, 3.

<sup>2</sup> *La Nación*, Santiago de Chile, 28 de enero de 1937, 3.

## 2 La mañana del dinamitazo

En el amanecer del 25 de enero de 1937, el devenir de la mina de cobre en Chuquicamata tendría un hito infiusto. El diario *La Opinión* de Tocopilla tituló: «98, entre muertos y desaparecidos, en la explosión del mineral de Chuquicamata. Los heridos son más de cien, algunos gravísimos».³

El mismo diario agregó que el accidente fue generado por la explosión de 1.400 sacos de pólvora negra de 46 kilos cada uno y 88 sacos de explosivos que se descargaban de los polvorines ambulantes: «A medida que se iba conociendo la magnitud del accidente peor era la conmoción pública».⁴

Eran las 7.50 horas de la mañana en aquel 25 de enero cuando los explosivos se activaron en los sectores denominados como sitios Corte 1 y Corte 2 en el rajo de la mina; en las inmediaciones de la explosión había doscientos obreros, aproximadamente.

La violencia de la explosión, que tuvo la fuerza de un fenómeno sísmico, «alcanzó a los tiros que se encontraban listos para explotar a las 13.30 horas según se acostumbra a hacer diariamente en el mineral [...] se estima que la explosión se ha debido a un cortocircuito».⁵ Aunque el diputado Andrés Andrade mencionó otra causa: «Se debió a un descargue de pólvora negra y de dinamita [...] con palas mecánicas».⁶ Fue tal la fuerza del estallido que muchos de los obreros que se encontraban en ese sector fueron lanzados a gran distancia totalmente destrozados, «en tanto que la tierra saltaba a una altura de quinientos metros, sacudiendo todo el mineral».⁷

Gran parte de la población creyó en un principio que se trataba de un terremoto, incluso en Calama, donde se sintieron las vibraciones terrestres: «Estampido de la formidable explosión se sintió en Calama a 25 kilómetros del sitio en que ocurrió».⁸

Se informó que el Company Town, situado a 6 kilómetros, no tuvo daños colaterales: «cuando se levantó una gran columna de humo, las familias de los mineros salieron de su campamento hacia el lugar del desastre, llorando de miedo. Una pala eléctrica de 20 toneladas salió volando como si fuera un juguete».⁹ El aspecto del mineral es lúgubre, señaló un diario de la tarde, complementando: «Enorme columna de

3 *La Opinión*, Tocopilla, 26 de enero de 1937, 1.

4 *La Opinión*, Tocopilla, 26 de enero de 1937, 1.

5 *La Nación*, Santiago de Chile, 26 de enero de 1937, 13.

6 Archivo Biblioteca Congreso Nacional (ABCN), Cámara de Diputados, 33<sup>a</sup> sesión extraordinaria, 26 de enero de 1937, 2012.

7 *La Opinión*, Tocopilla, 26 de enero de 1937, 1.

8 *El Mercurio de Antofagasta*, 26 de enero de 1937, 1.

9 *Imperial Valley Press*, California, 26 de enero de 1937, 1.

humo negro quedó suspendida varias horas en el aire oscureciendo el cielo. Un gigantesco cráter quedó abierto en el sitio» [fig. 1].<sup>10</sup>

Fue entonces cuando se activó un operativo de ambulancias, ciertamente insuficientes ante el volumen de muertos y heridos:

Había pocas esperanzas de que algunos de los hombres sepultados todavía estuvieran vivos, pero los trabajadores de rescate se esforzaron por retirar los miles de toneladas de tierra y rocas que bloqueaban el camino hacia el lugar donde ocurrió la explosión.<sup>11</sup>

Durante ese periodo, el yacimiento cuprífero se extendía a lo largo de 2 kilómetros, alcanzando un ancho de 400 metros y una profundidad de 600 metros. La concentración media de cobre era del 2%, lo que permitía estimar un contenido total superior a 700 millones de toneladas. Con una producción diaria de 450 toneladas, la mina lograba un rendimiento anual aproximado de 120.000 toneladas. Tenía a la sazón veintidós años de funcionamiento en la modalidad *open pit* (Galaz-Mandakovic, Rivera 2021; Galaz-Mandakovic, Tapia 2022).



**Figura 1** Titulares de *El Mercurio de Antofagasta*, *La Nación* y *Opinión*. Abajo, el minero Ramón Cabrera, uno de los heridos graves por el dinamitazo. Al centro, obrero fallecido «tapado por sus compañeros que seguían en la labor de buscar otras víctimas» (*La Nación*, Santiago de Chile, 26 de enero de 1937), y restos de una grúa dañada junto a los escombros generados por la explosión

**10** *El Frente Popular*, Santiago de Chile, 25 de enero de 1937, 1.

**11** *The Washington Times*, 26 de enero de 1937, 17.

### 3 La escena de las consecuencias

La explosión no distinguió jerarquías ni nacionalidades, ni tampoco estaban claras las cifras respecto de los muertos y heridos. Aunque se informaba que «los muertos suben de 45 y 125 los heridos. Entre los primeros se contarían Mr. Mac Cowpland y Mr. Frank Ruff, ingenieros encargados de dirigir los trabajos». <sup>12</sup> Un diario español mencionó la «violentísima explosión donde volaron dos vagones con pólvora. Cincuenta obreros han resultado muertos. Otros cien han quedado heridos». <sup>13</sup>

El diario *La Nación* indicó que las piedras y la tierra sepultaron a los cuarenta obreros que atendían la pala mecánica número 220 y a los que trabajaban en la descarga de los carros de pólvora.

Los sobrevivientes procedieron a,

la dolorosa tarea de extraer los heridos y muertos. Primero se retiraron los heridos y después los cadáveres de las víctimas. La identificación de estos últimos presentaba serias dificultades debido a la desfiguración que les produjo la pólvora y la tierra [...] Los deudos de las víctimas que llegaron al mineral pocos minutos después de la explosión se entregaban a indescriptibles escenas de dolor cuando era extraído un pariente o amigo. <sup>14</sup>

El propio corresponsal del diario *La Nación*, de apellido Peña, comentó:

Hoy he presenciado, al llegar al mineral de Chuquicamata, uno de los espectáculos más dolorosos que uno pueda imaginarse, ofrecido por los parientes de las víctimas entre los cuales la catástrofe ha producido una terrible impresión, la que era compartida en todos los círculos [...] En el lugar del siniestro fueron recogidas veintidós manos, que pertenecen a personas destrozadas por la explosión. <sup>15</sup>

Las palas, locomotoras con convoyes e innumerables herramientas también quedaron bajo tierra en un paisaje verdaderamente alterado por efecto de la explosión.

Finalmente, las cifras de los muertos fueron imprecisas, como así también la cantidad exacta de desaparecidos. El diario *La Nación* tituló: «18 muertos, 35 desaparecidos y 96 heridos en la catástrofe». <sup>16</sup>

<sup>12</sup> *La Nación*, Santiago de Chile, 26 de enero de 1937, 13.

<sup>13</sup> *La Fragua Social*, Valencia, 26 de enero de 1937, 7.

<sup>14</sup> *La Nación*, Santiago de Chile, 26 de enero de 1937, 13.

<sup>15</sup> *La Nación*, Santiago de Chile, 26 de enero de 1937, 13.

<sup>16</sup> *La Nación*, Santiago de Chile, 26 de enero de 1937, 12.

Aunque, en la misma edición, el periódico también indica que había 81 desaparecidos. Por su parte, *La Prensa*, de Texas, señalaba que había 100 heridos, seis de ellos en graves condiciones, y «otros cien sufrieron heridas de poca importancia» [tab. 1].<sup>17</sup>

Trabajadores fallecidos	Obreros desaparecidos	Obreros heridos
Alberto Mac Rab	Abdón León Herrera	Agustín Saíne Aguilar
Esteban Argandoña	Augusto Salas Aguirre	Andrés Araya Tamblay
Frank Ruff	Alberto Ahumada Ruíz	Arturo Cortés Cortés
Isaías Guerra	Baltazar Rojas Rivera	Basilio Cossío
Juan Abasto	Donato Torrico Fuentes	Benigno Flores Rojas
Juan Carrasco	Elliot Mc Lane	Carlos Verdejo Verdejo
Juan Chacana	Emilio Figueiroa Quiroga	David Aros Ovalle
Juan Cuevas	Ernesto Guerrero Torres	Emilio Martínez Navia
Luis Arancibia	Florindo Canales Castillo	Francisco Poblete Bórquez
Mac Cowpland	Francisco Mancilla Andrade	Jorge Jorquera Ossandón
Oscar Barrios Silva Pablo	Humberto Callejas Saavedra	José Aros Ovalle
Cortés	José Castillo Castillo	José Paillamán Plumas
Rafael Díaz	José Cuellar Cordero	Juan Cabezas Navarro
Rafael Hernández	José López Terán	Juan Covarrubias
Rafael Varas Toro	José Rivera Moreno	Laureano Navea Rodríguez
Raimundo Urtubia	José Rivera Rivera	Luis Encina Madrid
Salvador Vargas	José Valenzuela Vidal	Luis Miranda Figueiroa
Sixto Ceballo	Juan Argueta Ferrada	Miguel Morale
sVíctor Callejas	Juan Espinoza Gutiérrez	Moisés Urbina Díaz
	Juan Martínez Torres	Néstor García Neira
	Juan Ríos Agüero	Oscar Carrasco Muñoz
	Juan Torres Navarro	Pedro Sánchez Pérez
	Julio Andrade Lira	Ramón Cabrera Cordero
	Luis Castillo Castillo	Recaredo Cárdenas Sepúlveda
	Luis Flores Flores	Teobaldo Sendón R.
	Manuel Montenegro León	Tomás Valdés Valdebenito
	Manuel Montiel Cáceres	
	Nicolás Ávila Pozo	
	Nono Núñez Ocaranza	
	Pedro Díaz Díaz	
	Pedro Torres Torrico	
	Ricardo Tapia Polanco	
	Rosendo Mella Ojeda	
	Tránsito Araya Araya	
	Víctor Navarro Pacheco	

**Tabla 1** Lista de obreros fallecidos, obreros desaparecidos y trabajadores heridos graves en el accidente. Elaboración propia del autor sobre la base de *La Nación*, Santiago de Chile, 27 de enero de 1937, 12

17 *La Prensa*, Texas, 27 de enero de 1937, 1.

A los datos de la tabla 1 debe agregarse que hubo cinco fallecidos sin identificar y «en sus domicilios son atendidos 68 heridos leves».<sup>18</sup> Así, según esta fuente, en una primera instancia hubo 19 fallecidos (23.8%), 35 desaparecidos (43.8%) y 26 heridos graves (32.5%).

Al día siguiente del accidente, el diputado Rafael Ferrada, en nombre del Frente Popular, presentó un proyecto a la Cámara de Diputados por medio del cual se destinaban 3.000.000 de pesos para ayudar a las familias de los obreros muertos: «El diputado radical socialista, señor Pedro Eduardo González, rindió homenaje a los muertos, apoyando a nombre de su partido la hermosa idea del Frente Popular».<sup>19</sup>

#### 4 Los funerales

Al día siguiente de la explosión se organizó un velorio en los salones del Club Social y Deportivo del campamento, sitio que acogió a una enorme romería de personas, incluyendo autoridades religiosas y regionales [fig. 2]. Estas últimas recibieron instrucciones por parte del presidente del país Arturo Alessandri de asistir al funeral, «dados los caracteres nacionales que asume la tragedia».<sup>20</sup>

Sobre los funerales, se informó que hubo una imponente manifestación de duelo, «a la cual asistieron más de quince mil personas y en los que estuvieron representados el gobierno, el Ejército, los Carabineros, los jefes de la empresa minera de Chuquicamata, las instituciones obreras más respetables de la zona y los miles de compañeros de trabajo de las víctimas».<sup>21</sup> Otro diario señaló: «Todo el pueblo de Chuquicamata rindió homenaje a las víctimas, unas quince mil personas concurrieron a los funerales de trece de ellas».<sup>22</sup> Agréguese la concurrencia de todos los obreros de la Compañía Sudamericana de Explosivos del Río Loa:

Los ataúdes, cubiertos de coronas, fueron conducidos en hombros por los compañeros de trabajo de las víctimas desde las puertas del cementerio a la sepultura en medio del religioso respeto de la enorme concurrencia. El pueblo entero de Chuquicamata se dio cita en el cementerio. Era tanta la gente, que las rejas fueron incapaces para contenerla y se rompieron en casi toda su extensión.<sup>23</sup>

<sup>18</sup> *La Nación*, Santiago de Chile, 27 de enero de 1937, 12.

<sup>19</sup> *La Nación*, Santiago de Chile, 26 de enero de 1937, 13.

<sup>20</sup> *La Nación*, Santiago de Chile, 26 de enero de 1937, 13.

<sup>21</sup> *La Nación*, Santiago de Chile, 27 de enero de 1937, 12.

<sup>22</sup> *El Mercurio de Antofagasta*, 27 de enero de 1937, 1.

<sup>23</sup> *La Nación*, Santiago de Chile, 27 de enero de 1937, 12.



**Figura 2**  
Seis escenas de los funerales publicadas por el diario *La Nación* (Santiago de Chile, 29 de enero de 1937) y el titular de *El Mercurio de Antofagasta* (Antofagasta, 28 de enero de 1937)

Mientras se desarrollaban los funerales, proseguía de forma continua el trabajo de remoción de escombros en el interior de la mina: durante todo el día y la noche, «turnos de obreros renuevan con mayor vigor la triste tarea».<sup>24</sup>

A su vez, varios heridos fueron falleciendo con el correr de los días. Además, «en la morgue quedan veintitrés manos, un cadáver y un montón de restos humanos imposibles de identificar».<sup>25</sup> Peritos dactiloscópicos examinaron aquellos restos humanos y procuraron identificarlos a sus dueños, mientras «funcionarios del gobierno y de la compañía empezaron una investigación acerca de las causas de la explosión al mismo tiempo que la mina cesaba actividades para permitir el entierro de las víctimas y la limpia de escombros».<sup>26</sup> De la misma forma, se indicó que se habían encontrado cadáveres lanzados a más de 400 metros del sitio de la explosión, y que otros estaban completamente pulverizados.

Por otra parte, en la morgue de Calama surgieron escenas dramáticas con los familiares de los mineros. En sus puertas se agolparon las madres, esposas e hijos de las personas que estaban trabajando en el momento de la catástrofe, y era difícil contenerlos. Un testigo de los hechos narra lo que sigue:

**24** *La Nación*, Santiago de Chile, 27 de enero de 1937, 12.

**25** *La Nación*, Santiago de Chile, 27 de enero de 1937, 12.

**26** *La Prensa de Nueva York*, 27 de enero de 1937, 1.

«La señora Ester de Vanza, esposa de una de las víctimas, Rafael Varas Toro, cuando tuvo conocimiento de que había sido reconocido su marido, gritaba en la puerta de la morgue: ‘Déjenme verle la cara, por Diosito’. Los médicos tuvieron que atender a la señora de Varas rápidamente y darle un calmante, para que se le pasara la excitación nerviosa. Otra escena impresionante se produjo cuando un joven reconoció a su padre por el único zapato que le quedaba en esos momentos. Pues la otra pierna había sido volada por la explosión. Pero más triste que el espectáculo mismo del reconocimiento es ver el estado de terrible ansiedad de las personas que tienen sus deudos desaparecidos y que esperan de un momento a otro la aparición entre los escombros». <sup>27</sup>

Desde Nueva York, el presidente de The Chile Exploration Company, Cornelius F. Kelley, envió a Burr Wheeler, gerente general en Chuquicamata, la autorización para invertir 1.000.000 de pesos, aparte de los pagos que debían efectuarse de acuerdo con la legislación del trabajo, para ayudar «como sea más conveniente a sus necesidades, entre los que han sufrido las pérdidas ocasionadas por esta deplorable catástrofe». <sup>28</sup> A la vez, «los jefes de la Chile Exploration declaran que los daños materiales no tienen importancia al lado de las pérdidas en la catástrofe». <sup>29</sup>

## 5 La paradoja benéficial del accidente

Ciertamente surgió una preocupación economicista por parte de la empresa respecto de las derivaciones de aquel accidente ya que, según el diario *La Nación*, «Chuquicamata es uno de los centros productores más ricos del mundo. La catástrofe ocurrida ayer repercutirá en todo el mundo, porque Chuquicamata es el centro productor de cobre más importante de Chile y unos de los primeros de la Tierra». <sup>30</sup>

Se mencionaba que el costo inicial superaba los 2.500.000 de pesos de la época y que la explosión «destruyó un carro plano, dos carros bodegas, una pala mecánica de 4 yardas cúbicas y una locomotora eléctrica». <sup>31</sup> Un turbado cronista advertía: «La desgracia de ayer se produce en los momentos en que, por exigencias del mercado mundial de cobre, las minas se encuentran en un periodo de intensa

<sup>27</sup> *La Nación*, Santiago de Chile, 29 de enero de 1937, 6.

<sup>28</sup> *La Nación*, Santiago de Chile, 29 de enero de 1937, 6.

<sup>29</sup> *La Nación*, Santiago de Chile, 30 de enero de 1937, 10.

<sup>30</sup> *La Nación*, Santiago de Chile, 26 de enero de 1937, 14.

<sup>31</sup> *La Nación*, Santiago de Chile, 29 de enero de 1937, 6.

producción, de beneficiosa repercusión en la economía general del país».<sup>32</sup>

El cobre se exportaba en barras cuyo traslado al puerto de Antofagasta se efectuaba en un ferrocarril de trocha ancha de 77 kilómetros de extensión. La energía para mover las usinas del mineral era enviada desde Tocopilla, donde existía una termoeléctrica con turbogeneradores que producían 93.000 kilovatios.

Al mes siguiente de la tragedia, se visibilizó una hipótesis inversa a lo que comúnmente se entiende como «accidente». Es decir, inicialmente un accidente tiene el carácter de alterar la producción en el marco de la parálisis que induce, retrasando los plazos y haciendo surgir nuevos gastos imprevistos que van desde la propia asistencia a los directamente perjudicados hasta la sustitución de las logísticas afectadas: aquello remite a una deseconomía, a una alteración integral. Por tanto, el accidente se concibe como un imprevisto con agencia de daño que estimula la pérdida, un elemento que desestabiliza las proyecciones y las inversiones.

Pero, en este caso, veremos que el accidente terminó siendo, en los hechos, favorable para la empresa. Una nota de prensa lo expone sin eufemismos: «El cobre ha subido de precio, y esto se relaciona con la explosión de Chuquicamata, por considerarse que la paralización de la mina acarreará escasez».<sup>33</sup> De ese modo, se proyectaba una posible paralización en la producción de la mina, lo que dio paso a un proceso especulativo ante una «sustancial reducción de la cantidad de cobre disponible en Europa».<sup>34</sup> Entre 1935 y 1936, el precio del cobre promediaba las 45 libras la tonelada; desde el verano de 1937, subió a 52 libras la tonelada «contra 42 libras 5 chelines hace tres meses», es decir, a diciembre de noviembre de 1936. Fue entonces cuando se discutía que los fabricantes de alambres y cables recurrirían al uso de sustitutos del cobre, por ejemplo, el aluminio, considerando como parcialmente satisfactorio: «De modo que se supone que los productores de cobre tendrán todos los incentivos para aumentar la producción y reducir el precio por lo menos a 45 libras para impedir que se marchen los mejores clientes».<sup>35</sup> El alza del precio del cobre fue atribuida a la escasez, que a su vez fue atribuida al accidente: «Durante la semana el precio fluctuó inusitadamente entre 51,5 y 52,5 libras esterlinas. Las ventas han sido muy grandes, pero la oferta ha sido absorbida habiendo bastante comentario alcista del cobre que pudiese llegar a 60 libras».<sup>36</sup>

**32** *La Nación*, Santiago de Chile, 26 de enero de 1937, 14.

**33** *La Nación*, Santiago de Chile, 10 de febrero de 1937, 17.

**34** *La Nación*, Santiago de Chile, 10 de febrero de 1937, 17.

**35** *La Nación*, Santiago de Chile, 10 de febrero de 1937, 17.

**36** *La Nación*, Santiago de Chile, 10 de febrero de 1937, 17.

Por su parte, Javier Herreros (1949) revela los precios de la libra de cobre en centavos norteamericanos, mostrando el alza en el precio internacional de 1937 [gráfic. 1].



**Gráfico 1** Precio de la libra de cobre en centavos norteamericanos entre 1930 y 1942.  
Adaptación y elaboración propia del autor, basada en Herreros (1949)

Al analizar, podemos ver que se evidencia un descenso inicial durante el período 1930-32 [gráfic. 1]. En 1930, el precio se sitúa en torno de los 12 centavos, para luego caer de forma pronunciada hasta alcanzar aproximadamente 7 u 8 centavos en 1932. Este comportamiento se enmarca en los años más duros de la Gran Depresión, lo que explica la disminución en la demanda y, en consecuencia, la caída del precio. A partir de 1933 se inicia una recuperación progresiva que se extiende hasta 1936. Durante este tiempo, el precio experimenta un aumento constante, pasando de cerca de 8 centavos en 1933 a alrededor de 11 centavos en 1936. El año 1937 marca el punto más alto de la serie, con precios que rondan los 13-14 centavos. Así, el precio en 1937 aumenta aproximadamente un 18% respecto a 1936. Y en el año 1938, el precio disminuye alrededor de un 12% respecto de 1937, un ajuste de mercado o un enfriamiento económico tras la expansión de 1937. Finalmente, entre 1939 y 1942 se aprecia una estabilización acompañada de un ligero ascenso, ya que el precio vuelve a incrementarse gradualmente y se mantiene alrededor de los 12-13 centavos. Este período coincide con el inicio de la Segunda Guerra Mundial y con el aumento en la demanda de materias primas para la industria armamentística y de infraestructura.

## 6    **La prevención de riesgos y el mejoramiento de la imagen corporativa**

El diputado Andrés Escobar señaló en la Cámara: «Sabemos que las empresas tratan de ocultar la gravedad de estos hechos para evitar el pago de indemnizaciones y para demostrar al país que sus errores y su falta de seguridad en las condiciones de trabajo de los obreros no son tan graves como ya se ha denunciado». <sup>37</sup>

A los pocos meses de ocurrido el siniestro laboral, ante la conmoción pública la empresa tomó en efecto una serie de medidas que tuvieron como horizonte mejorar las condiciones laborales, evitar los accidentes y mejorar el sistema de atención de salud, optimizando los protocolos ante los accidentes. Gran parte de las nuevas medidas aplicadas desde mayo de 1937 fueron reproducidas en varios diarios con el propósito de mejorar el posicionamiento de la imagen pública del consorcio. Por ejemplo, con el fin de que estuviera mejor preparado a la hora de ocurrir un accidente, se amplió la sala de curaciones en el hospital y se estableció la presencia de un paramédico y un médico de turno permanente. Surgió una Oficina de Accidente del Trabajo que contaba con un jefe y tres empleados, repartición que coordinaba los traslados de los accidentados hacia otras ciudades. Asimismo, la publicación de boletines de seguridad cada dos semanas, pegados en tableros, fue otra medida, «dibujados siempre en forma amena a la vez que instructiva, demuestran al obrero los peligros que puedan encontrar en las secciones en que trabajan y la forma de evitarlos». <sup>38</sup>

Asimismo, se organizaron conferencias mensuales sobre seguridad que buscaron explicar los métodos más prácticos para evitar accidentes, puntualizándose los peligros que pudiera haber en cada sección en particular: «Aparte de esto, se inculca al operario la necesidad de dar cuenta inmediatamente de todo accidente, por leve que este sea, con el objeto de evitar las infecciones tan frecuentes entre el personal que por negligencia no dé aviso oportuno». <sup>39</sup> Los trabajadores fueron capacitados en primeros auxilios y se establecieron comités de seguridad entre ellos con el objetivo de vigilar a los demás operarios en las faenas e instruir a los obreros recién llegados sobre los peligros existentes en la sección respectiva. Además, surgieron nuevas reglamentaciones del tránsito, definiéndose de mejor modo direcciones de los vehículos, paraderos, señalizaciones, pasos sobre nivel, etc. Sin embargo, tres días antes de publicar ese comunicado hubo otro accidente en la mina: «Un muerto

---

**37** ABCN, Cámara de Diputados, 33<sup>a</sup> sesión extraordinaria, 26 de enero de 1937, 2014.

**38** *La Nación*, Santiago de Chile, 10 de mayo de 1937, 29.

**39** *La Nación*, Santiago de Chile, 10 de mayo de 1937, 29.

y tres heridos al chocar dos locomotoras».⁴⁰ Una de las locomotoras era de vapor (n.º 63) y la otra era eléctrica (n.º 506).

Cabe indicar que en enero de 1937 se propuso un proyecto de ley para indemnizar a las familias de los obreros. Sin embargo, un año después, se informó que, si bien estaría financiado gracias al superávit de 1936, el proyecto «contraviene, en consecuencia, las disposiciones de la ley n.º 4.520 sobre formación de presupuestos. El proyecto ha perdido su oportunidad y se encuentra, además, el mayor gasto que significa sin fuente efectiva de recursos para atender su aplicación».⁴¹

## 7 Capitalismo y accidente

La escena microhistórica que hemos descripto responde a dos hechos. Por un lado, se trata de un hito por haberse tratado de un siniestro con alto volumen de costos humanos. Por otro, advertimos que el accidente remite a la vez al bucle de una serie más extensa de incidentes fatales que marcaron la historia de la mina, y que las explosiones que acontecieron desde 1915 fueron decenas: un auténtico repertorio de la siniestralidad. Por ejemplo, el primer gran accidente por dinamita fue el 15 de agosto de 1915, tan sólo a tres meses de inaugurada la mina, con ocho muertos y decenas de heridos. Otros siniestros con muertes masivas ocurrieron el 5 de septiembre de 1957 y el 5 de septiembre de 1967, por nombrar algunos casos.

En los hechos, podemos indicar que la fuerza laboral sostuvo la expansión del capitalismo minero gracias la producción de una disposición de cuerpos sacrificiales. Esto invita a cuestionar cómo el mercado y el aparato productivo internalizan, y en ocasiones se benefician, de estos riesgos (Ulrich 1998). No sólo se dispuso de la propia fuerza de trabajo, sino que también surgió cierta colonización biológica y corporal del subalterno que fue expuesto al riesgo. Es decir que, ante la potencia y el peligro de las labores implicadas, surgió la producción de una vulnerabilidad frente a las escasas medidas de seguridad y exposición a la muerte o mutilación. Un descuento vital e irreversible que el diputado Andrés Escobar mencionó: «La racionalización imperialista en estas industrias ha llegado a extremos que ponen en peligro inminente la vida de los chilenos que, obligados por el hambre, van a arrendar sus fuerzas [...] amparados [los empresarios] por la reacción y el gobierno, burlan todas las disposiciones de seguridad en el trabajo».⁴² Agréguese

**40** *La Nación*, Santiago de Chile, 8 de mayo de 1937, 15.

**41** ABCN, Cámara de Diputados, 20<sup>a</sup> sesión ordinaria, 22 de junio de 1938, 929.

**42** ABCN, Cámara de Diputados, 33<sup>a</sup> sesión extraordinaria, 26 de enero de 1937, 2011.

que la fuerza laboral y sus familias fueron instaladas en una zona geográfica de altura que generalmente producía hipoxia a los migrantes, con un ambiente natural hostil (baja calidad del agua potable, bajas temperaturas, rigurosidades climáticas, etc.) pero a la vez con un ambiente intervenido antrópicamente e influía en la baja calidad de vida por efecto de la alta polución a través de la profusión de material particulado en el aire (Galaz-Mandakovic, Tapia, Rivera 2023).

La narrativa que pretende conferir a la mina un alcance global se sustenta, en apariencia, en su impresionante envergadura y en la adopción de tecnologías de vanguardia, como los procesos de electrólisis, que prometen una productividad sin precedentes. Sin embargo, detrás de este relato tecnológico y expansivo se ocultaba un trasfondo de manualidad, artesanía y asimismo una vulnerabilidad vital que rara vez se reconocen en los discursos políticos, económicos y patrimoniales que idealizan el proyecto. Estos discursos, al apostar decididamente por la romantización del mineral, relegan a un segundo plano las complejas realidades de quienes, día a día, pusieron en riesgo su integridad.

En efecto, muchos de los trabajadores afectados en las faenas se vieron forzados a aceptar condiciones de desconocimiento sobre la verdadera naturaleza de sus labores, sumado a un temor constante al despido, que implicaba no sólo la pérdida de empleo sino la expulsión inmediata del campamento y de la comunidad que se habían formado en torno de la mina. Esta situación pone en evidencia una profunda asimetría en las relaciones laborales y revela la marcada vulnerabilidad social, económica y física de los miles de obreros que, atraídos por la promesa de prosperidad, llegaron al desierto para trabajar en la imponente «montaña roja».

Esta dualidad -entre la imagen moderna y casi utópica de la mina y la cruda realidad de precariedad y riesgo que enfrentan sus trabajadores- subraya la necesidad de repensar la historia de los modelos de producción y gestión en la industria minera.

## Bibliografía

- ABCN, Archivo Biblioteca del Congreso Nacional, Cámara de Diputados. Santiago de Chile: Biblioteca del Congreso Nacional de Chile.
- Archivo de El Mercurio de Antofagasta, fondo general. Antofagasta: Diario *El Mercurio de Antofagasta*.
- Galaz-Mandakovic, D.; Tapia, V. (2022). «El panteón de la montaña de cobre. Trabajo, ambiente y causas de muerte en la mina de Chuquicamata durante la etapa Guggenheim (Chile, 1915-1923)». *História Unisinos*, 26(2), 312-29.
- Galaz-Mandakovic, D.; Rivera, F. (2021). «Bolivianos y bolivianas en Chuquicamata. Caracterización de los flujos migratorios desde el período de la minería artesanal a la era industrial (1881-1942)». *Revista de historia (Concepción)*, 28(1), 146-85.
- Galaz-Mandakovic, D.; Tapia, F.; Rivera, F. (2023). «New Historical Archives of Extractivism in the Atacama Desert: Contamination and Mortality During the Guggenheim Period in Chuquicamata, Chile, 1915-1923». *The Extractive Industries and Society*, 13, 101202.
- Herreros, J. (1949). «La baja del precio del cobre». *Anales del Instituto de Ingenieros de Chile*, 5-6, 129-36.
- UDP, Archivo Universidad Diego Portales, fondo *La Nación*. Santiago de Chile: Universidad Diego Portales.
- Ulrich, B. (1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona, España.

